

DETRANSICIÓN, BABY

Torrey Peters

Una novela que se anima a explorar con altas dosis de humor la fluidez de las identidades de género, la vulnerabilidad de los vínculos y el desafío de volver a empezar.



DETRANSICIÓN,
BABY

Detransición, baby

Peters, Torrey

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2025

424 p.; 21 x 14 cm.

[Efectos Colaterales, 19]

Traducción de Cristina Pineda Huertas

ISBN 978-987-8272-44-3

1. Literatura Estadounidense. 2. Transexualidad.

I. Pineda Huertas, Cristina, trad. II. Título.

CDD 813

Título original: *Detransition, Baby* (Random House)

Esta edición es publicada bajo acuerdo con One World, un sello de Random House, división de Penguin Random House LLC. Reservados todos los derechos, incluido el de reproducción total o parcial en cualquier formato. Ninguna parte de este libro podrá utilizarse ni reproducirse de ninguna manera con fines de entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra está protegida contra la minería de textos y datos (artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

© Torrey Peters, 2021

© Caja Negra Editora, 2025

Adaptación de traducción para Latinoamérica: Sofia Stel



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey / Sofia Stel

Coordinación: Candelaria Pera

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de interiores: Tomás Fadel / Consuelo Parga

Maquetación: Natalia Brega

1 / UN MES DESPUÉS DE LA CONCEPCIÓN

El dilema, para Reese: ¿sencillamente se volvía loca por los hombres casados? ¿O el único grupo de hombres disponible para ella, como mujer trans, era el de los que ya tenían una esposa cis asegurada y ahora podían dedicarse a “experimentar”? La respuesta fácil, por la que se inclinaban todas sus amigas, era que los hombres eran unos cerdos. Y, sin embargo, ahí está Reese, una vez más saliendo a escondidas con *otro* hermoso y encantador canalla que engaña a su mujer. Mírenla, con ese vestido de encaje negro, esperando sentada en el BMW estacionado, mientras él entra a comprar condones a Duane Reade. Luego lo dejará subir a su departamento, ignorará la mirada acusadora de Iris, su roommate, y él se la cogerá encima de esa colcha de flores tan cliché que le había comprado el *último* hombre casado con el que había estado para que su habitación tuviera un aire más aniñado y travieso cuando conseguía librarse de su esposa.

Reese tenía diagnosticado su problema. No sabía estar sola. Evitaba su propia compañía, su propia soledad. Además de decirle lo horribles que eran esos hombres infieles que se buscaba, sus amigas también le decían que, después de dos grandes rupturas, necesitaba tiempo para aprender a ser ella

misma, por sí misma. Pero era incapaz de estar sola sin perder la cabeza. Le dabas una semana para ella y comenzaba a recluirse, cultivaba su montaña de soledad que se retroalimentaba de manera exponencial hasta que acababa fantaseando con venderlo todo y partir a la deriva en un barco hacia ninguna parte. Para traerse de golpe de nuevo a la vida, se metía en Grindr, o en Tinder, o donde fuera, y se administraba una descarga de diez mil voltios en el corazón buscándose la aventura más dramática y taquicárdica posible. Los hombres casados eran los mejores para escapar de la soledad porque tampoco sabían estar solos. Los hombres casados eran expertos en estar con alguien, no soltarlo, sin importar qué pase, hasta que la muerte nos separe. Con la excusa de moverse dentro de los límites de “una simple aventura”, Reese se tiraba de cabeza a la piscina, hasta el fondo. Se decía que, como no iba a ser más que una aventura, podía prestarse a cualquier fantasía con la que el tipo hubiera soñado en la vida, desenterrar sus dolores secretos y rebajarse de las formas más voluptuosas, violentas e insostenibles, hasta acabar rota y desechada porque, aunque solo fuera un amorío, ¿no había sido ella lo suficientemente valiente y vulnerable para tirarse de cabeza a la piscina, hasta el fondo?

Se veía a sí misma atractiva, con curvas y un rostro redondeado, pero no iba por ahí creyéndose que partía la Tierra, y tampoco es que la parara la gente por la calle para admirar los frutos de su cerebro. Pero, con el hombre adecuado, se volvía una genia del drama. Lo destilaba y prendía como gasolina cuando la soledad le calaba los huesos.

Esta vez, el hombre en cuestión era más o menos como los demás con los que había estado. El típico macho alfa atractivo y casado que la llevaba por la habitación con correa. Solo que esta vez había mejorado, porque el tipo

era un *cowboy* reconvertido en abogado seropositivo. Tenía debilidad por las chicas trans y se había contagiado mientras engañaba a su esposa con una, y *encima* su esposa no lo había dejado, y *encima* ahora estaba volviendo a hacer lo mismo con Reese. ¡Yujuuu!

—¿Eras pasivo o qué? —le preguntó Reese en su primera cita.

—¿Qué carajo dices? —contestó él—. El médico me dijo que había una posibilidad entre diez mil de contagiarme si me la chupaba. Digamos que cada minuto se están haciendo por lo menos diez mil mamadas, pues a mí me tocó esa una en diez mil. También es que me la chupaba mucho.

—Claro —dijo Reese, que sabía que era una explicación poco realista, pero quería asegurarse de que no tuviera intención de ser pasivo con ella.

Una hora más tarde, lo tenía en su cuarto contándole quién y dónde lo había contagiado. A las dos horas Reese lo había convencido para que le hablara de la desilusión que se había llevado su mujer, que se negaba a que le acabara adentro pese a que el VIH se había vuelto indetectable. Le confesó que su esposa odiaba los tratamientos de fecundación *in vitro*, que el aspecto clínico le recordaba todo el tiempo que por culpa suya había terminado en la gélida camilla de un médico en vez de estar al calor del lecho conyugal.

—Estoy siendo mucho más franco contigo de lo que suelo ser —le dijo su *cowboy*, como sorprendido de sí mismo, aunque mientras tanto le estuviera apretando las tetas—. De lo que es capaz una concha, supongo.

—A lo mejor te dejo probar esta concha —respondió Reese arrastrando las palabras, imitándolo divertida—, pero una buena mujer siempre te despelleja el alma.

–Qué gran verdad –contestó él con el mismo tono. Llevó una de sus enormes manos a la nuca de Reese y atrajo su rostro hacia él. Ella suspiró y los músculos se le aflojaron.

Sus ojos vidriosos le sostuvieron la mirada.

–Te voy a decir lo que vamos a hacer –le dijo él–, de momento, esa concha es mía –hizo una pausa y, con la mano todavía en la nuca de ella, fue hundiéndole la cara poco a poco, con firmeza, contra la almohada–. Y luego ya veremos qué pasa con mi alma.

Ahora se mete dentro del coche con una bolsita marrón llena de condones y lubricante, y a Reese la recorre un hormigueo de expectativa en el estómago.

–¿De verdad necesitamos esto? –le pregunta él levantando la bolsa–. Sabes que voy a querer embarazarte.

Esa era precisamente la razón por la que todavía lo aguantaba: él entendía de qué iba esto. Gracias a él, Reese había descubierto que el sexo podía ser abierta y honestamente peligroso. Imaginaba que las mujeres cis rozaban ese peligro cosquilleante cada vez que cogían. El riesgo, la adrenalina de poder quedar embarazadas; un polvo que, sin más, te arruina (¿o te bendice?) la vida. Reese se imaginaba que para las mujeres cis el sexo era un juego que se jugaba al borde del precipicio. Pero hasta que apareció su *cowboy*, ella nunca había experimentado el placer de ese peligro tan singular. Hasta ahora, con su VIH, no había encontrado nada análogo a lo que a una mujer cis podía cambiarle la vida. Su *cowboy* podía cogérsela y marcarla para siempre. Podía cogérsela y acabar con ella. Podía destruirla con su verga.

Según él la carga viral era indetectable, pero Reese no le había pedido ningún papel que lo demostrara. Le habría quitado peligro y ternura al asunto. Él también disfrutaba

llevándola al límite, insistía en preñarla, en fecundarla con su semilla virósica. Hacerla mamá, su cuerpo portador de una nueva vida, parte de ella misma y a la vez no, eterna como una madre.

–Acordamos que usaríamos condón siempre. Dijiste que no querías tener cargo de conciencia.

–Sí, pero eso era antes de que empezaras con los anticonceptivos.

La primera vez que Reese llamó “anticonceptivos” a la PrEP fue en un restaurante chino en Sunset Park, donde él estaba seguro de que no se cruzaría con ninguna amiga de su mujer. Lo dijo como en chiste, pero él la miró y dijo: “Mierda, se me puso durísima”. Hizo un gesto para pedir la cuenta, le dijo a Reese que esa noche se quedaba sin ir al cine y la llevó directo a casa para ponerla bocabajo sobre la colcha de flores. Por la mañana, ella le envió el video más sexy –aunque aparentemente menos sexy– de su vida, en el que aparecía metiendo un par de grandes pastillas azules Truvada en uno de esos típicos pastilleros color pastel para píldoras anticonceptivas. Desde entonces, las “pastillas anticonceptivas” formaban parte de su vida sexual.

Había una razón más, aparte del estigma, el tabú y la erotización, por la que su particular versión del *bugchasing*¹ había picado a Reese: ella quería ser madre de verdad. Lo deseaba más que nada en el mundo. Se había pasado toda la vida adulta rodeada de gente queer, alimentándose de formas radicales de relación, poliamor y roles de género, pero, de alguna manera, nunca había terminado de bajar del altar

1. Literalmente, “perseguir al bicho”. Se refiere a la práctica de tener sexo sin métodos profilácticos con personas con VIH con la intención de contagiarse. [Todas las notas son de la traductora.]

de la feminidad la imagen de aquellas encantadoras madres blancas de Wisconsin de las que había estado rodeada en su infancia. Nunca había perdido ese fervor secreto por convertirse en una de ellas. En la maternidad podía proyectarse a salvo de la soledad y la dependencia, pues una madre, creía ella, nunca estaba realmente sola. Poco importaba que, en su experiencia, como en la de sus amistades trans, el amor incondicional de una madre siempre acabara revelándose tremendamente condicional.

Quizás igual de relevante era que, como madre, por fin le sería concedida la feminidad que, sospechaba, aquellas diosas de su infancia asumían como natural. Había estado a punto de conseguirlo una vez. Tenía una relación lésbica con una trans llamada Amy, una mujer con un buen trabajo en el sector tecnológico que había terminado convirtiéndose en la viva imagen intachable del suburbio estadounidense, tanto que, cuando hablaba, te la imaginabas con la cara de Martha Stewart. Junto a Amy, Reese había estado tan cerca de la domesticidad como le parecía que era posible para una mujer trans, toda esa confianza, ese aburrimiento y esa estabilidad que ahora tenían el aspecto borroso de un sueño justo luego de despertar. Incluso habían compartido un departamento en Prospect Park, ese tipo de espacio luminoso y abierto que evidenciaba buen gusto y respetabilidad suficientes como para que enseñarle la vivienda a la agencia de adopción fuera el menor de los obstáculos a la hora de convertirse en madre.

Pero ahora, tres años después, cuando el cuentakilómetros de Reese marcaba los treinta y tantos, comenzaba a plantearse seriamente lo que ella llamaba “el problema *Sex and the City*”.

El problema *Sex and the City* no era exclusivo de Reese, sino que lo tenían todas las mujeres. Pero, a diferencia de

millones de mujeres cis antes que Reese, ninguna generación de mujeres trans había logrado resolverlo. El problema podría describirse así: cuando una mujer empieza a darse cuenta de que se hace mayor, la perspectiva de darle un sentido a su vida apremia. Una necesidad de salvarse, o de ser salvada, cuando las delicias de la belleza y la juventud dejan de causar efecto por pura repetición. Lo que Reese defendía era que, a la hora de encontrar sentido —a pesar de los avances del feminismo—, las mujeres seguían teniendo tan solo cuatro grandes opciones, representadas en los arcos argumentales de los cuatro personajes femeninos de *Sex and the City*. Encontrar pareja y ser una Charlotte. Hacerse una carrera y ser una Samantha. Tener un hijo y ser una Miranda. O, por último, la autoexpresión a través del arte o la escritura y ser una Carrie. Reese pensaba que cada nueva generación de mujeres reinventaba sin parar la misma fórmula, mezclándola y distorsionándola, pero sin escapar nunca de ella. Sin embargo, para todas las generaciones de mujeres trans previas a Reese, el problema *Sex and the City* no era más que un tema aspiracional. Tan solo unas pocas, las que más éxito tenían y más desapercibidas pasaban, llegaban siquiera a tener la oportunidad de afrontarlo. Para las demás, las cuatro opciones estaban vedadas de entrada. Ni trabajo ni amantes ni hijos y, si bien una mujer trans podía convertirse en musa, a nadie le interesaba un arte en el que ella misma se expresara. Así que las trans caían por defecto en una especie de “no hay futuro” y, por mucho que otras personas queer aplaudieran la ironía, la tumba en la que solían precipitarse, es decir aquella falta de futuro, tenía bastante más glamour cuando el espléndido cadáver que se dejaba era producto de una decisión salvaje y deliberada en vez de una mera probabilidad estadística.

Mientras Reese vivía con Amy, ella misma aspiraba al problema *Sex and the City*. Como mujer trans, regocijarse en la contemplación de su posible aburguesamiento le parecía una actitud radical. Que esa decisión no le viniera dada de antemano se sentía como un triunfo. Luego Amy detransicionó y todo se vino abajo.

La falta de futuro había vuelto a asomar en el horizonte, y ahora Reese buscaba la felicidad en lo que habían ganado otras mujeres, y convertía un virus en un bebé.

—De acuerdo —dice después de unos diez minutos de trayecto.

—¿De acuerdo qué?

—Que de acuerdo, a ver si me dejas embarazada.

—¿En serio?

—Sí —su *cowboy* se dispone a añadir algo cuando ella lo interrumpe—, pero si lo hacemos, tienes que empezar a tratarme mejor. Tienes que tratarme como si fuera la madre de tu hijo.

Él extiende un brazo para pellizcarla.

—¿La madre de mi hijo? Tú no quieres eso. Si te dejo preñada es para que seas la adolescente embarazada del barrio. Lo que quieres es que todo el mundo sepa que eres una putita fácil.

Se aparta para que no la pellizque.

—Lo digo en serio. Trátame mejor.

Él frunce el ceño, pero no aparta la vista del camino.

—Bueno. Está bien. Lo haré. Busquemos algo de comer —dice, frenando en un semáforo.

—¿En serio?

Estaban yendo a su barrio, Greenpoint, una zona en la que normalmente él se negaba a que cenaran juntos. Conocía a demasiada gente por allí. Una vez lo obligó a ir a un buffet vegano cerca de su departamento y apenas la miró a los ojos

en toda la comida. En su lugar, dirigía la mirada bruscamente hacia la puerta cada vez que entraba alguien. Después de esa experiencia, comenzó a dejar que la llevara más al sur, o a veces a Queens. Nunca a Manhattan y nunca a Williamsburg, donde hacía vida social su esposa.

Pero ahora, tan pronto le dice que puede cogérsela sin condón, se olvida de todas sus reglas. Reese experimenta un instante de satisfacción. Su cuerpo es su mejor baza.

—Sí —contesta—, a lo mejor podrías bajar un momento y pedir algo para llevar.

Por supuesto. Algo para llevar. Mientras él espera en el auto. Asiente:

—Claro, ¿de qué tienes ganas?

Paran en un restaurante tailandés, ella baja del auto y hace el pedido solo para él, no pide nada para ella. Le encanta el curry, picante a niveles casi incomibles en la escala de Scoville. No es su caso. Ya se preparará algo cuando él se vaya. Está mirando Instagram cuando suena el teléfono, no reconoce el número, el prefijo es de otro estado. Su *cowboy* usa Google Voice para que los mensajes de Reese no le aparezcan en el iPad que tiene en casa, que también usa su mujer, y Google a veces cifra las llamadas con números raros.

Aprieta el botón verde para contestar y se lleva el teléfono a la oreja.

—Te pedí el curry verde con carne, cinco estrellas de picante —dice a modo de saludo.

—Hola, qué detalle, aunque no sé si recuerdas que siempre he sido un debilucho con el picante —dice una voz masculina. Cálida y suave, pero sin rastro de las palabras arrastradas de su *cowboy*, que de alguna manera se las ha arreglado para conservar el acento a pesar de llevar años en Nueva York.

Mira la pantalla para comprobar el número de teléfono.

—¿Quién habla?

El hombre adopta un tono afable, que no llega a ser de disculpa.

—Hola, Reese. Perdona, soy Ames.

Ve a su *cowboy* afuera, en el coche, con el brillo del teléfono reflejado en los lentes de lectura. Se da vuelta, como si pudiera llegar a oírla a través de la ventanilla del coche y de las ventanas del restaurante, por encima del trajín de la cocina y las conversaciones de los clientes desperdigados por el local.

—¿Por qué me llamas, Ames? Pensaba que ya no nos hablábamos.

—Lo sé.

Espera, apretando los labios. Lo escucha respirar. Quiere que hable él primero.

—No quiero molestar —continúa—. Te llamaba para pedirte ayuda.

—¿A mí? No sabía que pudieras pedirme nada que no me hubieras quitado ya.

Ames guarda silencio un instante.

—¿Quitado? —su desconcierto parece sincero. Ese era su problema. Que era incapaz de ver lo que ella había perdido por su culpa—. Está bien, tal vez me lo merezco. Pero no llamo por eso, te lo juro. Es casi lo contrario.

—Estoy en una cita, esperando la comida.

Sabe que es un comentario vengativo, pero no puede evitarlo. Él desapareció de su vida y ella quiere devolverle el favor y de paso mostrarle que ya lo superó.

—¿Puedo llamarte en otro momento?

—No, te doy hasta que traigan el pedido.

—¿Hay un tipo ahí escuchándonos?

—Pedí para llevar. Él me está esperando en el auto —un silbido de satisfacción le vibra en el pecho. Como quiera que Ames hubiera imaginado la conversación, Reese se la llevó a su terreno.

—De acuerdo —dice él—, esperaba poder contártelo tranquilamente, pero lo hacemos a tu manera. ¿Te acuerdas de que siempre quisiste que tuviéramos un bebé? ¿Que lo teníamos planeado?

Algo no debe andar bien para que la haya llamado por eso. No es el tipo de persona que escarba en una herida por diversión y está claro que semejante pregunta, tan directa, a Reese le iba a doler. Se siente una estúpida por haberle dicho que tenía una cita.

—¿Todavía quieres tener un bebé? —la pregunta termina en una nota más aguda, como si la audacia de pronunciarla en voz alta lo asustara un poco.

—Claro que todavía quiero tener un puto bebé —le suelta.

—Me alegra mucho oír eso, Reese —dice aliviado. Lo conoce tan bien que casi puede ver cómo se le relajan los músculos—. Porque pasó algo. Y, después de todo, sigues siendo la persona en la que más confío para hablarlo. ¿Podemos vernos, por favor, por favor, por lo que tuvimos? Necesito que hablemos de esto.

—Vas a tener que explicármelo mejor, Ames.

Suspira:

—Está bien. Dejé embarazada a una mujer. Voy a tener un bebé.

Reese no lo puede creer. No puede creer que Ames la llame para anunciarle que consiguió lo que ella más quiere en el mundo. Cierra los ojos y cuenta hasta cinco.

Con un golpe, la camarera deja caer una bolsa marrón sobre la barra y le indica que es su pedido. Pero Reese no se da cuenta. Su *cowboy*, su curry verde cinco estrellas, la

píldora anticonceptiva que él le va a dar más tarde, nada importa. En alguna parte, de alguna manera, Amy ha hecho lo imposible: se consiguió un bebé.

Katrina se sienta en la silla giratoria que está frente al escritorio de Ames. La escena tiene un aura de inversión de roles poco habitual. Como ella es su jefa, es Ames quien va casi siempre a su oficina y se sienta delante de su escritorio. La oficina de Katrina, conforme al lugar que ocupan respectivamente en la jerarquía empresarial, es el doble de grande y tiene dos ventanales con vistas a los edificios vecinos, entre los que asoma una franja del East River. En cambio, el despacho de Ames tiene una sola ventana que da a un pequeño estacionamiento. Un día, al atardecer, le pareció ver una criatura parda que trotaba ágilmente por la vereda y desde entonces sostiene que era un coyote urbano. Cada cual se emociona con lo que puede.

Katrina revuelve entre los papeles de su maletín, saca una carpeta de manila y la apoya sobre el escritorio. A Ames lo pone nervioso que venga a su oficina, como un adolescente cuando los padres entran en su habitación.

—Bueno —dice ella—. Es oficial. Está pasando.

Ames agarra la carpeta. Se muestra relajado y le sonríe con naturalidad. Al abrirla, descubre una serie de hojas impresas con información del paciente.

—Mi ginecóloga —dice Katrina, observándolo con atención—. Me hizo un análisis de sangre y un examen pélvico y confirmó el resultado del test que me hice en casa. Ahora tiene que hacerme una ecografía para saber de cuánto estoy, así que tengo turno para dentro de dos semanas. Sé que no sabes muy bien qué pensar de todo esto, pero ¿a lo mejor te

ayudaría si vinieras? Si estoy de más de cuatro semanas, ya podremos ver al bebé. O al embrión, más bien.

Ames nota la mirada escrutadora de Katrina sobre él, a la espera de algún tipo de reacción. Fue incapaz de reaccionar de ninguna manera desde que la prueba de embarazo dio positivo. Se siente tan aturdido como entonces, solo que ahora ya no puede retrasarlo más diciendo que quiere tener la confirmación oficial antes de empezar a implicarse emocionalmente.

—Genial —dice, y esboza una sonrisa que amenaza con convertirse en mueca—. ¡O sea que es verdad! Sobre todo porque tenemos —por un segundo no sabe cómo estructurar la frase— un expediente completo que lo demuestra.

Katrina cruza las piernas. Lleva unas sandalias informales con plataforma. Él siempre se fija en su forma de vestir, en parte por admiración, en parte por la costumbre de estar al tanto de lo que pasa en la moda femenina.

—Me cuesta interpretar tu reacción —dice ella con cautela—. No sé, pensé que quizás cuando lo vieras más claro sería capaz de calibrar mejor cómo te sientes en realidad —hace una pausa para tragar saliva—. Pero sigo sin poder hacerlo.

Ames se da cuenta del esfuerzo que tiene que hacer ella para reunir tanta asertividad.

Se levanta, rodea el escritorio y se apoya justo delante de ella, de manera que sus piernas rozan las de Katrina.

Voltea los papeles, hay una lista de resultados de pruebas que no entiende. Su cerebro entra en cortocircuito cuando cruza lo que los datos muestran con total evidencia (que va a ser padre) con el pensamiento que aloja en lo más íntimo de su ser: no debería ser padre.

ÍNDICE

9	1 / Un mes después de la concepción
61	2 / Ocho años antes de la concepción
101	3 / Seis semanas después de la concepción
143	4 / Ocho años antes de la concepción
195	5 / Siete semanas después de la concepción
229	6 / Tres años antes de la concepción
259	7 / Ocho semanas después de la concepción
291	8 / Tres años antes de la concepción
323	9 / Diez semanas después de la concepción
347	10 / Once semanas después de la concepción
381	11 / Doce semanas después de la concepción
415	Agradecimientos